



Co-funded by
the European Union



Stories 4 empowerment

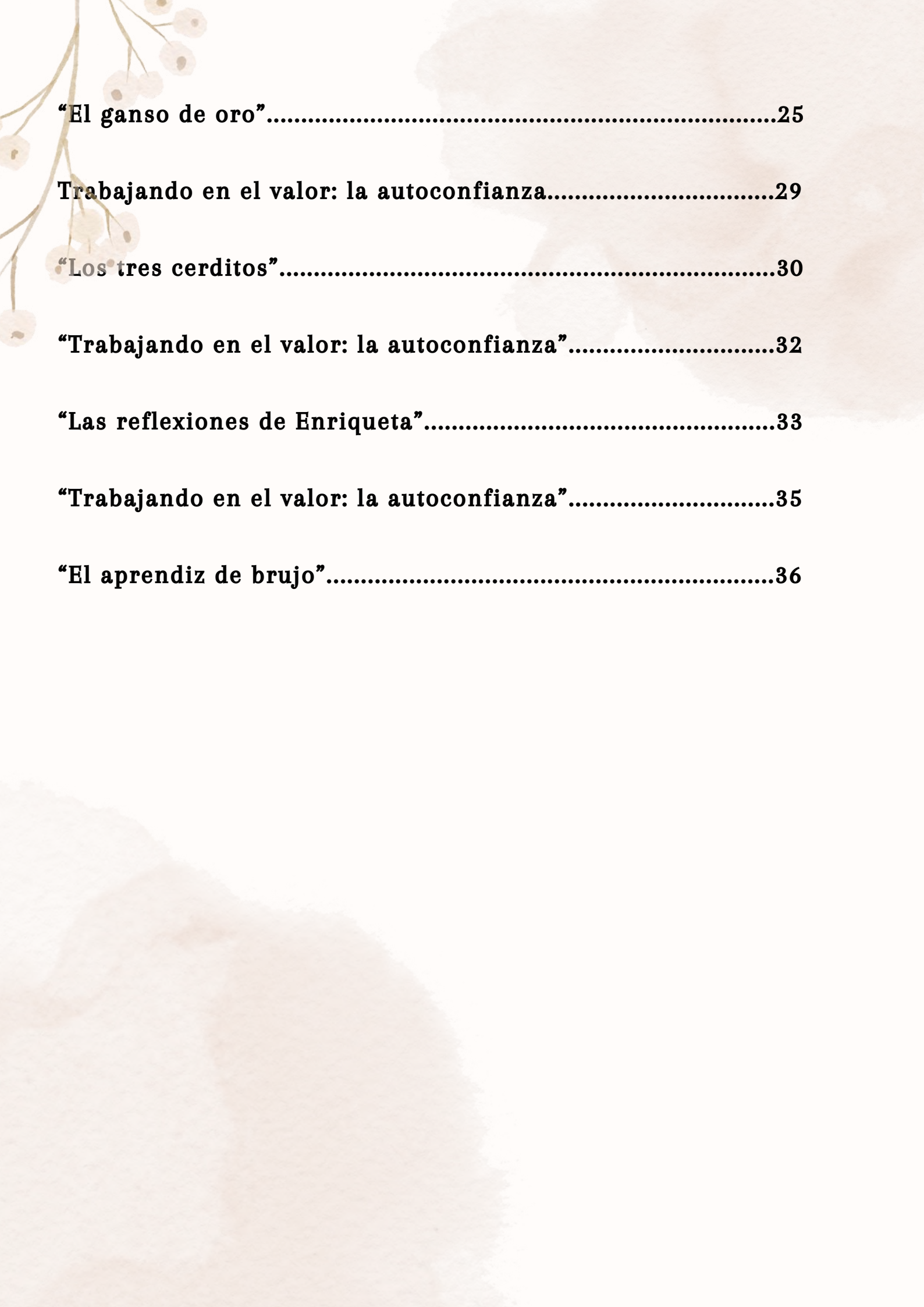
2023-1-IT02-KA220-ADULT-000159380

Trabajar en la AUTOCONFIANZA

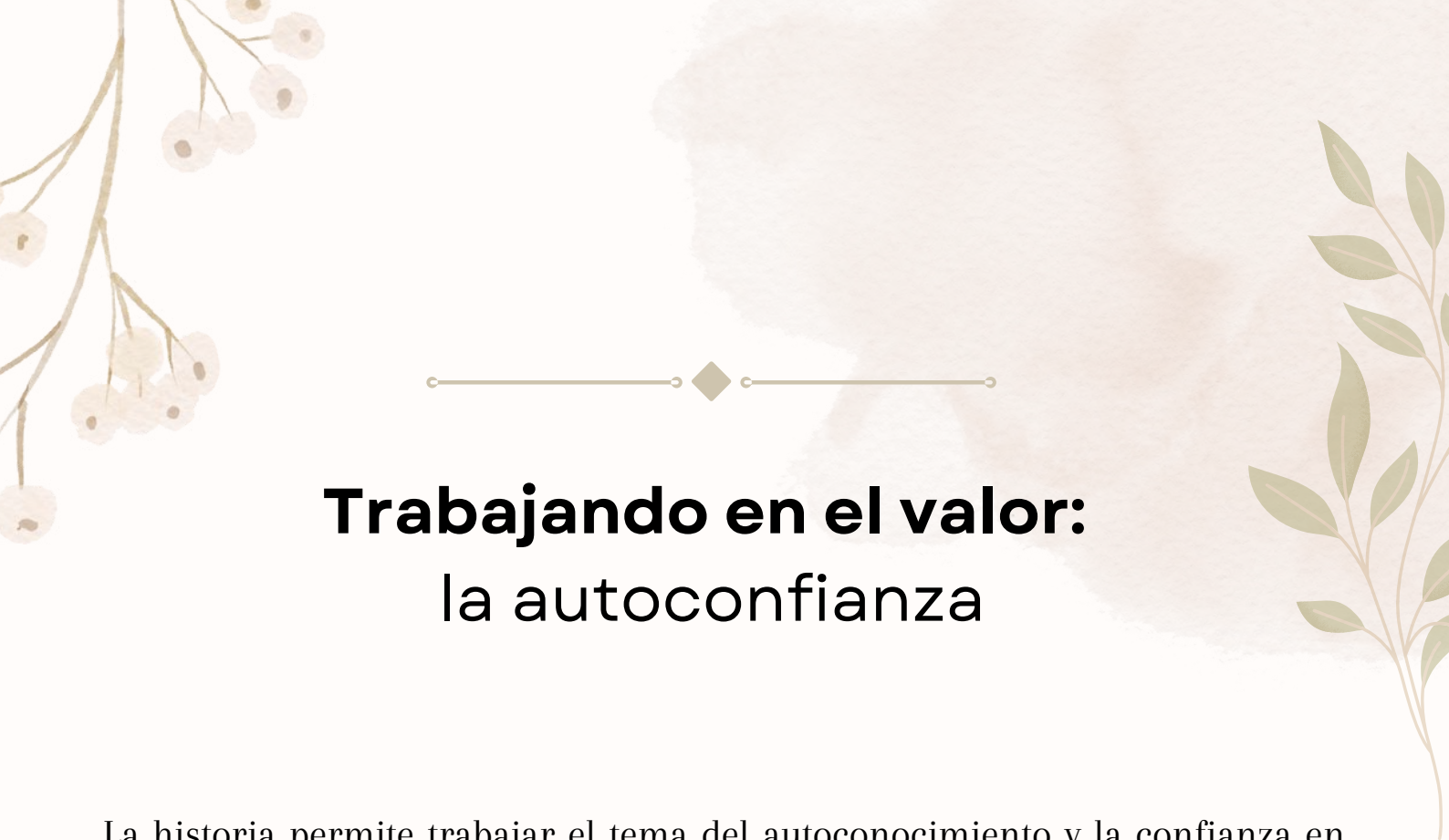


ÍNDICE

Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	04
“El encuentro”.....	05
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	08
“Caperucita roja”.....	09
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	13
“El zorro y las uvas”.....	14
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	15
“El soldadito de plomo”.....	16
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	19
“El mono y el camello”.....	20
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	22
“La liebre y la tortuga”.....	23
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	24



“El ganso de oro”.....	25
Trabajando en el valor: la autoconfianza.....	29
“Los tres cerditos”.....	30
“Trabajando en el valor: la autoconfianza”.....	32
“Las reflexiones de Enriqueta”.....	33
“Trabajando en el valor: la autoconfianza”.....	35
“El aprendiz de brujo”.....	36



Trabajando en el valor: la autoconfianza

La historia permite trabajar el tema del autoconocimiento y la confianza en uno mismo, ya que el protagonista pierde una oportunidad importante por no tener suficiente confianza en sí mismo y en los demás. La historia se puede reescribir a través del valor de la confianza en uno mismo porque, incluso cuando no nos sentimos capaces de afrontar situaciones que nos pueden incomodar, si somos conscientes de nuestros recursos y de nuestro valor podemos gestionar el miedo y la vergüenza y ganar confianza, beneficiándonos de las cosas buenas que se nos puedan presentar.

“El encuentro”

“Tenía el compartimento del tren para mí solo. Entonces subió una chica” - dijo un joven indio ciego-. “El hombre y la mujer que vinieron a acompañarla debían de ser sus padres. Le hicieron muchas recomendaciones pero como entonces ya era ciego, no pude saber cómo era la chica, aunque me gustó el sonido de su voz”

“¿Vas a Dehra Dun?”- pregunté mientras el tren salía de la estación. Me pregunté si sería capaz de evitar que descubriera que era ciego. Pensé: si me quedo en mi asiento, no será muy difícil.

“Voy a Saharanpur”- dijo la chica- “mi tía me recogerá allí. ¿Y adónde vas tú?”

“A Dehra Dun y luego a Mussoorie”- le contesté.

“¡Oh, qué suerte! Me encantaría ir a Mussoorie. Me encantan las montañas. Sobre todo en octubre”.

“Sí, es la mejor estación”- dije, recordando cuando podía ver- “Las colinas están sembradas de dalias silvestres, el sol es espléndido y por la noche puedes sentarte junto al fuego y beber brandy. La mayoría de los veraneantes se han marchado y las calles están tranquilas y casi desiertas”.

Se quedó callada y me pregunté si mis palabras la habían afectado o si me consideraba un sentimental. Entonces cometí un error. “¿Cómo está fuera?”- le pregunté.

Ella, sin embargo, no pareció encontrar nada extraño en la pregunta. ¿Se había dado cuenta ya de que yo no veía? Pero las palabras que pronunció inmediatamente después me sacaron de dudas. “¿Por qué no miras por la ventanilla?”- preguntó con toda la naturalidad del mundo.

Me deslicé por el asiento y alcancé la ventanilla con el tacto.

Estaba abierta, y me giré en esa dirección fingiendo estudiar ver lo que había. Con los ojos de mi imaginación, podía ver los postes del telégrafo pasar a toda velocidad. “¿Te has dado cuenta” -me aventuré a decir- “¿de que los árboles parecen moverse mientras nosotros estamos quietos?”

“Siempre pasa lo mismo”- contestó ella.

Me volví hacia la chica y nos quedamos un rato en silencio. “Tienes una cara interesante”- le dije. Se rió agradablemente, una risa clara y sonora. “Me alegro de oírlo. Estoy harta de que me digan que tengo una cara bonita”.

“Así que tienes una cara bonita”- pensé, y continué en voz alta: “Bueno, una cara interesante también puede ser muy bonita”.

“Eres muy galante”- dijo.- Pero, ¿por qué tan serio?

“No tardará en llegar a la estación”- dije en un tono algo brusco.

“Menos mal. No soporto los viajes largos en tren”- dijo ella.

Yo, en cambio, habría estado dispuesto a sentarme allí indefinidamente, con tal de oírla hablar. Su voz tenía el trino plateado de un arroyo de montaña. Nada más bajar del tren habría olvidado nuestro breve encuentro; pero yo habría conservado su recuerdo durante el resto del viaje e incluso después.

El tren entró en la estación. Una voz llamó a la chica que se marchó, dejando tras de sí sólo el olor de su perfume.

Un hombre entró en el compartimento balbuceando algo. El tren volvió a ponerse en marcha. Busqué a tientas la ventanilla y me senté frente a ella, contemplando la luz del sol que para mí era oscuridad. Una vez más podía jugar a mi jueguito con un nuevo compañero de viaje.

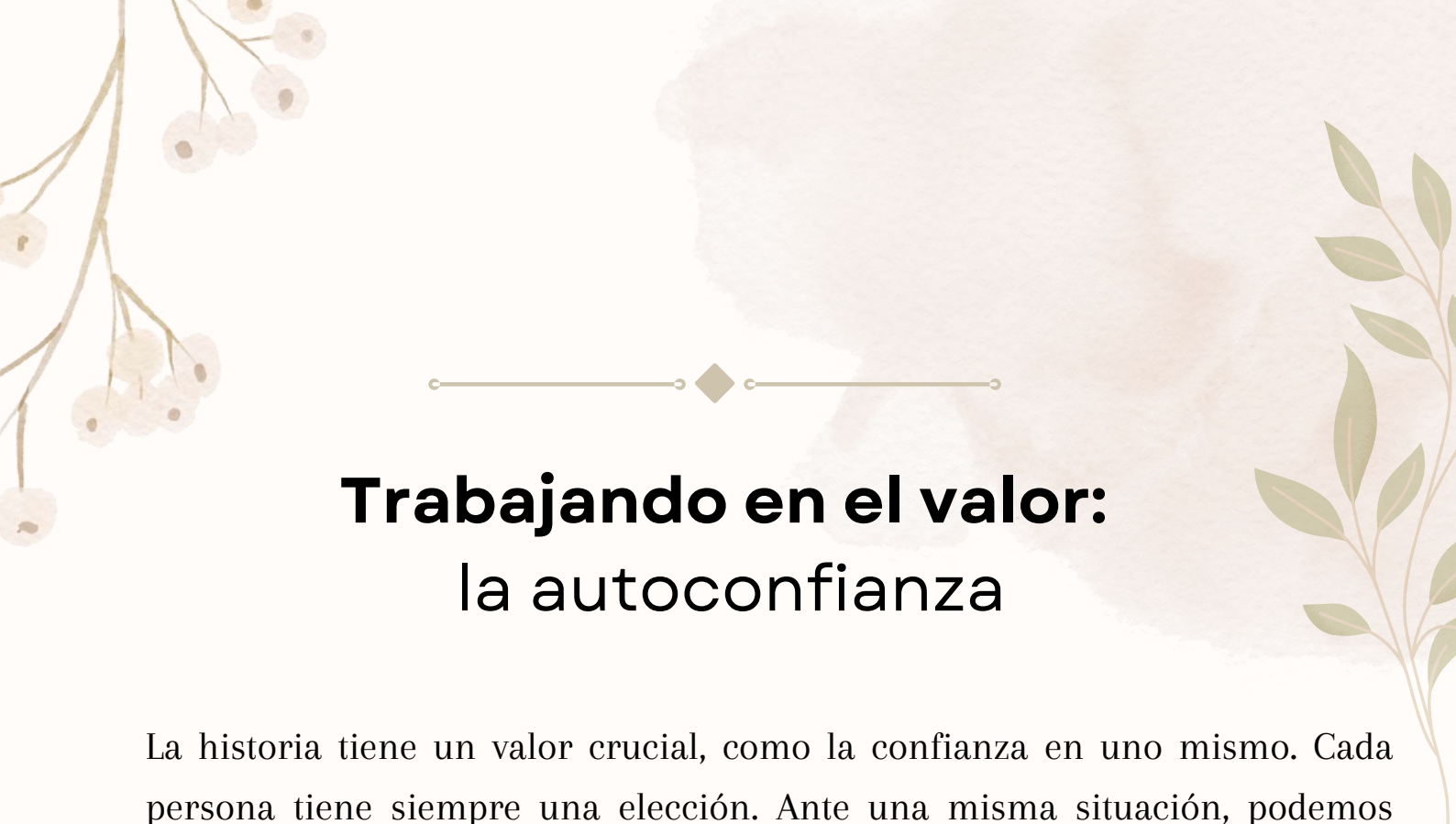
“Siento no ser una compañera tan atractiva como la que acaba de irse”- me dijo intentando entablar conversación conmigo.

“Era una chica interesante”- le dije- “¿Podría decirme si tenía el pelo largo o corto? “

“No me acuerdo”- me contestó perplejo- “Lo que me llamó la atención fueron sus ojos, no su pelo. Tenía unos ojos preciosos”.

“Lástima que no las necesitara para nada... estaba completamente ciega. ¿No se había dado cuenta? Como dos ciegos que fingen ver. Cuántos encuentros entre seres humanos son así. Por miedo a exponer lo que uno es. Y así uno se pierde las citas decisivas de la vida. Algunos encuentros sólo ocurren una vez.”





Trabajando en el valor: la autoconfianza

La historia tiene un valor crucial, como la confianza en uno mismo. Cada persona tiene siempre una elección. Ante una misma situación, podemos decidir conscientemente cómo actuar para no perjudicar a otras personas. El cuento puede reescribirse a la luz de la autoconfianza y la autoconciencia que pueden permitir al lobo tomar decisiones diferentes y a Caperucita Roja ser más consciente de las intenciones de los demás.

“Caperucita roja”

Érase una vez una niña muy querida, a la que todos querían ver y, sobre todo, su abuela, que ya no sabía qué regalarle. Una vez le regaló un gorrito de terciopelo rojo y, como le sentaba tan bien que no quería ponerse otra cosa, la llamaban siempre Caperucita Roja o simplemente Caperucita.

Un día su madre le dijo:

- Ven, Caperucita. Aquí tienes un trozo de pan y una botella de vino, llévaselas a la abuela, está débil y enferma y se repondrá. Cuando salgas, sé buena y no te desvíes, porque si no te caes y rompes la botella la abuela se quedará con las manos vacías.

- Lo haré todo bien- le dijo Caperucita Roja a su madre estrechándole la mano.

Pero la abuela vivía fuera, en el bosque, a media hora del pueblo. Y en el bosque, Caperucita Roja se encontró con el lobo. Pero ella no sabía que era una bestia tan malvada y no tuvo miedo.

- Buenos días, Caperucita -dijo.

- Buenos días, lobo.

- ¿A dónde vas tan temprano, Caperucita?

- A visitar a mi abuelita.

- ¿Qué llevas debajo del delantal?

- Vino y pan; para que mi abuelita, que está débil y enferma, lo disfrute un rato y se ponga buena.

- ¿Dónde vive tu abuelita, Caperucita ?

- A un cuarto de hora de aquí, en el bosque, bajo los tres grandes robles; allí está su casa. Bajo el bosque de avellanos, así la reconocerás rápido-dijo.

El lobo pensó: "Esta tierna niña es un bocado jugoso y será más sabrosa que su abuelita; si soy astuto, atraparé a las dos". Caminó un poco cerca de Caperucita Roja y luego dijo:

-Mira, Caperucita, cuántas flores tan bonitas hay por aquí, ¿por qué no miras alrededor? ¡Creo que ni siquiera escuchas cómo cantan tan dulcemente los pajaritos! Vas por ahí tan callada, como si fueras a la escuela, y ¡es tan alegre este bosque!

Caperucita Roja miró hacia arriba, y cuando vio los rayos del sol bailando entre los árboles, y todo alrededor lleno de hermosas flores, pensó: "Si le llevo a la abuela un ramo de flores frescas, le gustará; es todavía temprano, aún llegaré a tiempo". Se desvió del camino y corrió al bosque en busca de flores. Cuando arrancó una, pensó que más adelante habría una aún más bonita, y corrió y corrió más y más adentro del bosque.

Pero el lobo se apresuró a llegar a la casa de la abuela y tocó la puerta.

-¿Quién es?- dijo la abuela de Caperucita desde su cama.

-Abuelita, soy Caperucita, que vengo a traerte vino y pan; abre.

-Levanta la tranca de la puerta-gritó la abuela- estoy demasiado débil y no puedo levantarme.

El lobo levantó la tranca, la puerta se abrió y, sin decir mucho, fue directo a la cama de la abuela y se la comió.

Luego se puso su ropa y su gorro, se acostó en la cama y se cubrió... Pero Caperucita Roja había estado buscando flores, y cuando ya había recogido tantas que no podía llevar más, recordó a su abuela y se puso en camino. Al llegar, se sorprendió al ver que la puerta estaba abierta, y al entrar en la habitación, tuvo una sensación tan extraña que pensó:

"¡Ay, Dios mío, qué miedo tengo hoy! ¡Y yo paso tanto tiempo con la abuela!" Exclamó.



- ¡Buenos días, abuelita!- pero no obtuvo respuesta.

Así que se acercó a la cama y descorrió las cortinas: la abuela estaba acostada, con la cofia bajada sobre su cara y con un aspecto un poco extraño.

- ¡Ay, abuelita, qué orejas tan grandes tienes!

- Son para oírte mejor.

- ¡Ay, abuelita, qué ojos tan grandes tienes!

- Son para verte mejor.

- ¡Ay, abuelita, qué manos tan grandes!

- Son para abrazarte mejor.

- Pero, abuelita, ¡qué boca más grande tienes!

- ¡Es para comerte mejor!

Y enseguida el lobo saltó de la cama y se tragó a la pobre Caperucita Roja.

Saciado su apetito, volvió a la cama, se durmió y empezó a roncar muy fuerte.

En ese momento pasó el cazador y pensó: “¡Cómo ronca la abuela de Caperucita!”

Voy a echarle un vistazo, puede que esté enferma».

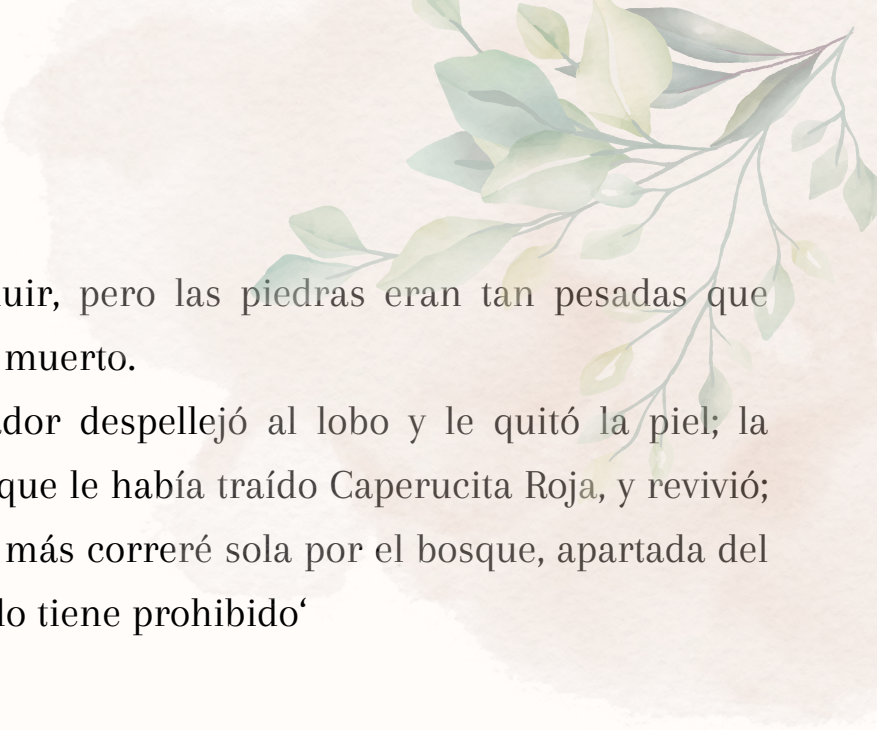
Entró en la habitación y, acercándose a la cama, vio al lobo.

- ¡Ahí estás, viejo impenitente! -dijo para sí mismo-. Hace tiempo que te busco.

Al ir a apuntarlo con su fusil, pensó que quizás el lobo se había comido a la abuelita de Caperucita Roja y que aún podía salvarse así que no disparó, sino que cogió unas tijeras y empezó a cortar el vientre del lobo dormido. Después de dos cortes, vio brillar a Caperucita Roja, y después de dos más, la niña saltó gritando:

- ¡Qué susto me he llevado! ¡Qué oscuridad había en el vientre del lobo!

Entonces salió también la abuela, todavía viva, aunque apenas podía respirar. Y Caperucita Roja corrió a buscar unas piedras, con las que llenaron el vientre del lobo.



Cuando el lobo despertó, intentó huir, pero las piedras eran tan pesadas que inmediatamente se desplomó y cayó muerto.

Los tres estaban contentos: el cazador despellejó al lobo y le quitó la piel; la abuela comió el pan y bebió el vino que le había traído Caperucita Roja, y revivió; pero Caperucita Roja pensó: “Nunca más correré sola por el bosque, apartada del camino, y menos cuando mamá me lo tiene prohibido”



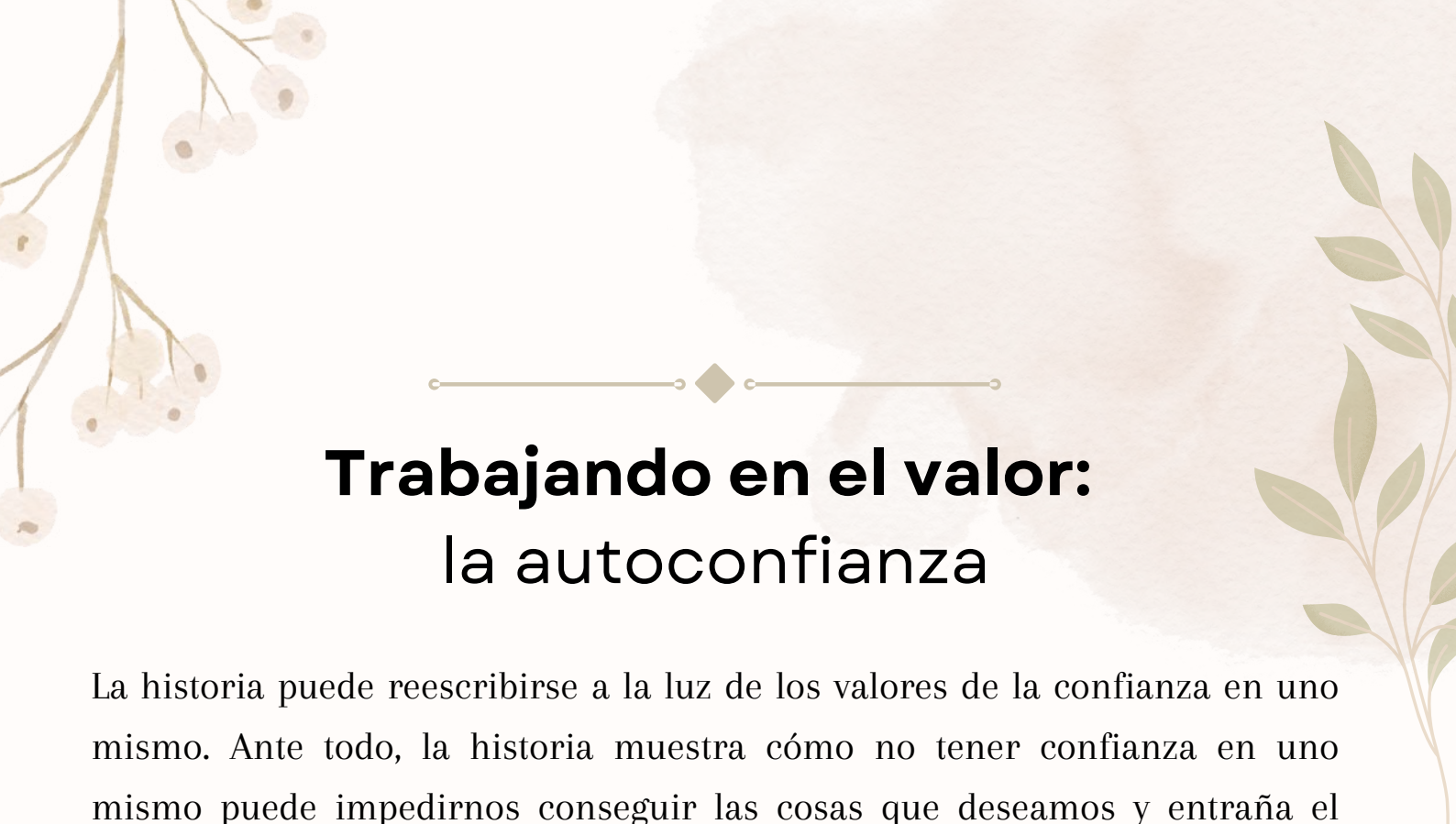
Trabajando en el valor: la autoconfianza

Esta historia nos permite fortalecer nuestra autoconfianza. Al mismo tiempo, tener confianza en nosotros mismos nos ayuda a no dejarnos vencer por las dificultades, sino a afrontar con conciencia los retos que encontremos en nuestro camino.

Esopo

“El zorro y las uvas”

Érase una vez un zorro hambriento que vagaba por el bosque en busca de comida cuando, en un momento dado, vio unos grandes y hermosos racimos de uvas colgando de un cenador. Decidió que serían su comida, pero por más que intentaba alcanzarlos saltando, no conseguía cogerlos. Al final, desconsolado, se dio la vuelta, diciéndose: «Menos mal que eran uvas inmaduras». Así también entre los hombres, algunos, incapaces de alcanzar sus objetivos por debilidad, culpan a las circunstancias.



Trabajando en el valor: la autoconfianza

La historia puede reescribirse a la luz de los valores de la confianza en uno mismo. Ante todo, la historia muestra cómo no tener confianza en uno mismo puede impedirnos conseguir las cosas que deseamos y entraña el riesgo de aislarnos de quienes nos rodean y de nuestros seres queridos. Lo que a veces aparecen como debilidades pueden ser en realidad rasgos distintivos que no nos impiden vivir plenamente las experiencias y relaciones que deseamos. Al mismo tiempo, a veces creemos que las personas que son diferentes a nosotros tienen menos valor sólo porque no podemos entenderlas: ser inclusivo significa ser capaz de reconocer la singularidad de cada persona y valorarla.

“El soldadito de plomo”

Había una vez veinticinco soldaditos de plomo, veinticinco hermanos porque nacieron de una vieja cuchara de plomo. El arma en el brazo, la mirada fija, el uniforme reluciente de rojo y azul, ¡se veían genial todos juntos! La primera frase que oyeron al abrir la tapa de la caja que los contenía fue: “¡Soldaditos de plomo!”, gritó un niño lleno de alegría. Era su regalo de cumpleaños y empezó a colocarlos sobre la mesa, todos perfectamente alineados. Todos los soldaditos de plomo eran idénticos entre sí, todos menos uno al que le faltaba una pierna. Había sido el último soldadito de plomo que se había fundido y no quedaba suficiente plomo.

En la mesa había muchos otros juguetes, entre ellos un espléndido castillo de papel. Era muy bonito pero había algo aún más bonito: una linda chica delante de la puerta del castillo, también de papel y con un delicado tutú. ¡La chica tenía los brazos extendidos porque era bailarina! Y levantaba la pierna tan alto que el soldadito de plomo pensó que no tenía ninguna, igual que él. “Aquí está la chica perfecta para mí”, pensó, “pero es demasiado distinguida, vive en un castillo mientras que yo vivo en una caja con otros 24 soldados. Todavía tengo que conocerla”. Decidió visitarla en cuanto llegara la noche. El soldado se escondió para que el niño no lo volviera a meter en la caja con los otros soldados. Al caer la noche, el silencio invadió la casa. Todos los habitantes dormían plácidamente, excepto los juguetes. En la penumbra, comenzó la fiesta: los globos jugaban por los cuatro rincones, los peluches hacían piruetas y los soldaditos de plomo desfilaban al son del tambor de un payaso de colores.

En toda esta emoción, la bailarina de papel bailaba y el soldadito de plomo se quedó quieto, no podía dejar de mirarla, enamorado sin esperanza.

Mientras todos estaban absortos contemplando a la bailarina, el soldado de plomo no notó a un gnomo negro, envidioso porque él también estaba enamorado aquella bonita bailarina. El gnomo le gritó al joven soldado, el cual ni si quiera lo escuchó. El gnomo lo miró fijamente y lo amenazó: "¡Me ignoras! Pero pronto me notarás..."

A la mañana siguiente, el niño se dio cuenta de que el soldadito de plomo había quedado escondido detrás de la caja; lo recogió y lo colocó en el alféizar de la ventana. Inmediatamente, una desafortunada ráfaga de viento, o quizás el aliento vengador de su rival, hizo que cayera al vacío. El niño corrió a la calle a buscarlo, pero al no poder encontrarlo, volvió a casa. Una violenta lluvia de verano comenzó a caer.

Dos personas vieron al soldadito de plomo y decidieron ponerlo en un pequeño bote de papel que estaban construyendo. Luego colocaron el bote en el agua.

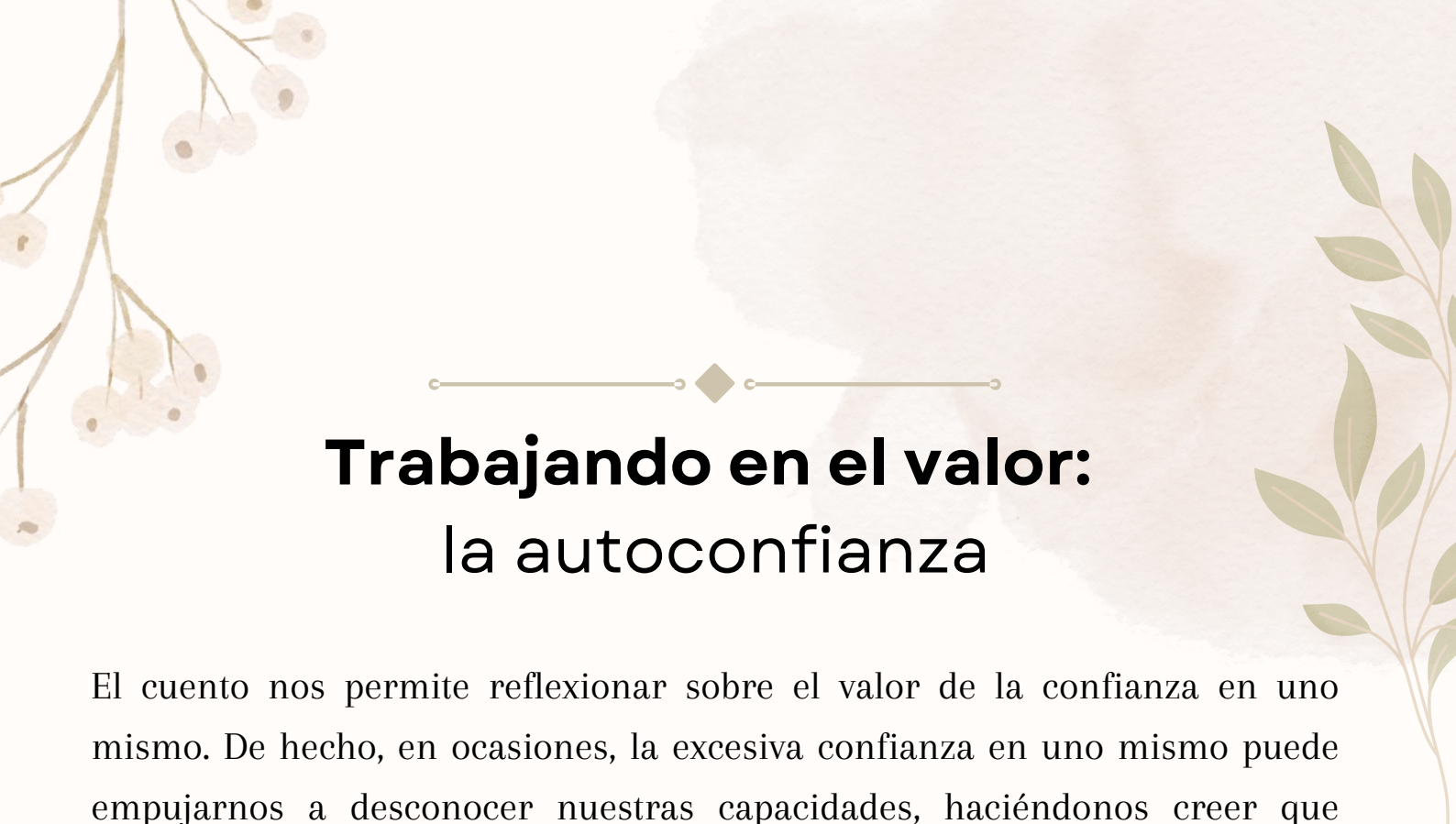
El frágil bote rápidamente estuvo a merced de la corriente y desapareció en un remolino. El pequeño soldado vivió interminables momentos en la oscuridad y finalmente vio la luz del sol a lo lejos. La luz creció cada vez más brillante y se abrió en el campo y la libertad. "Gracias a Dios estoy a salvo", pensó.

Desafortunadamente, aún no había terminado. Una enorme rata bloqueaba la salida, pero por suerte no pudo atraparlo. El pequeño bote de papel continuó su viaje por los prados y campos hasta que no pudo resistir más y se volcó. El pequeño soldadito de plomo cayó al agua. "¡Adiós, bonita bailarina!"

Un enorme pez errante lo tomó por presa y se lo tragó entero. Poco después, el pez fue capturado por la red de un pescador que lo vendió en el mercado. Como por casualidad, el pez fue comprado por el cocinero que servía a los padres del niño. Al abrir el vientre del animal para limpiarlo, ¿qué encontró? ¡El soldadito perdido! Lo puso sobre la mesa, junto al castillo de cartón.

La bailarina le envió una sonrisa tan dulce que nuestro pequeño héroe se dio cuenta de que ella también lo amaba. Qué felicidad después de tantas aventuras. Pero el gnomo celoso, que aún no había renunciado a su venganza, le sugirió al niño que se deshiciera del soldadito cojo que estaba estropeando su colección y lo convenció de que lo arrojara a la chimenea. De repente, la puerta se abrió violentamente, una corriente de aire invadió la habitación, arrojando el castillo de papel sobre las brasas ardientes. La dulce bailarina se incendió y se quemó. Al día siguiente, mientras limpiaban la casa, alguien removió las cenizas, uniendo al soldadito de plomo y a la bailarina de papel para la eternidad. Y en medio de estas cenizas encontraron un diminuto corazón de plomo.





Trabajando en el valor: la autoconfianza

El cuento nos permite reflexionar sobre el valor de la confianza en uno mismo. De hecho, en ocasiones, la excesiva confianza en uno mismo puede empujarnos a desconocer nuestras capacidades, haciéndonos creer que somos los mejores en todo, como le ocurre al camello del cuento. Esto puede llevarnos a envidiar los éxitos de los demás en lugar de los propios. Al mismo tiempo, la reacción de los demás animales es la de denigrar al camello, demostrando que muchas veces tendemos a burlarnos de aquello que no entendemos o que nos parece extraño o diferente. Sin embargo, al igual que el camello debe desarrollar una mayor conciencia de sí mismo y de sus capacidades, los demás animales deben aprender a aceptar la diversidad de cada uno.

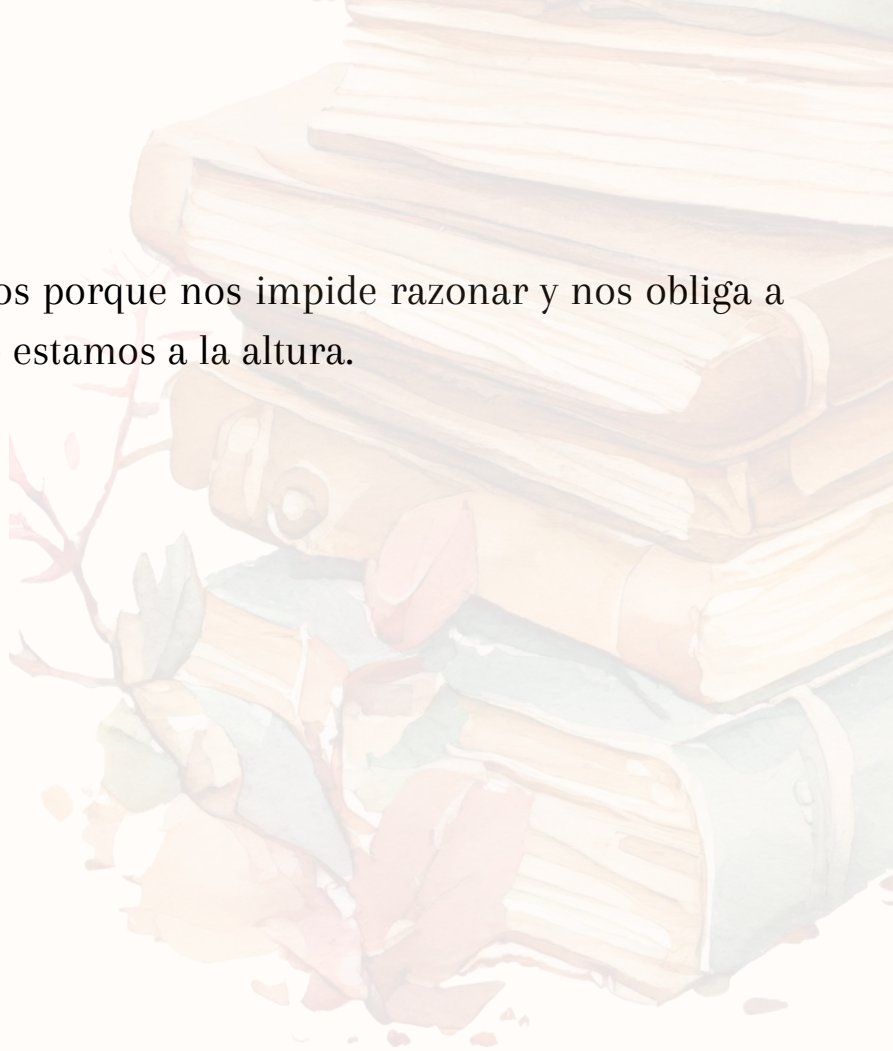
“El mono y el camello”

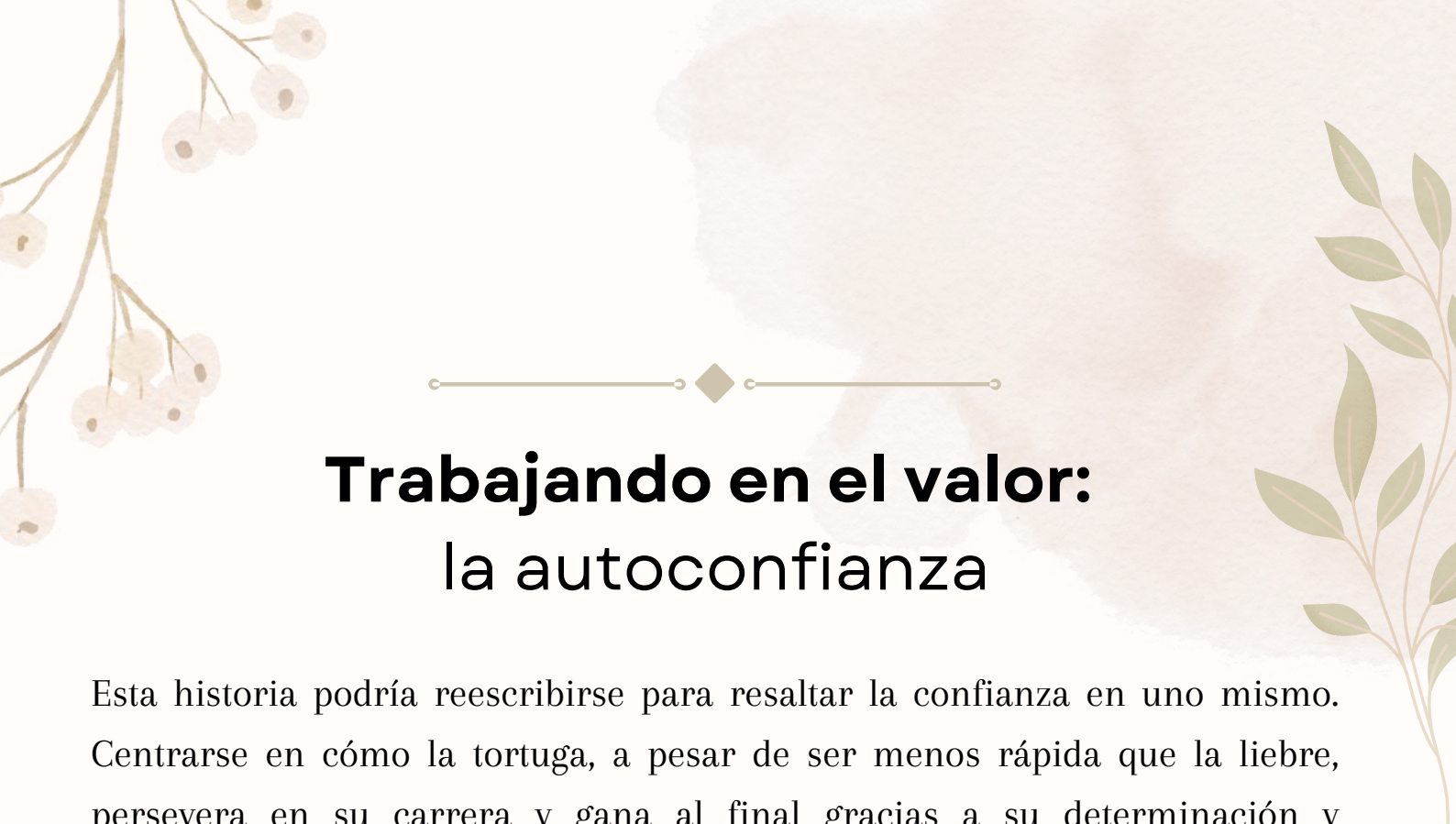
Todas las especies animales se reunieron en una asamblea en la que se trataría un tema muy serio. No faltó nadie. El primero en hablar fue el león, rey indiscutible de los animales. En un respetuoso silencio general, dijo: “Queridos súbditos, nos hemos reunido hoy con el objetivo de establecer una paz duradera entre nosotros, eliminando todas las peleas y envidias, para que juntos podamos hacer frente a cualquier peligro causado por el hombre a la naturaleza”. El discurso se prolongó durante mucho tiempo, subrayado por los aplausos.

Todos estaban, pues, de acuerdo: era necesario unirse para superar cualquier problema. Al final de la asamblea, cada animal participó en el gran almuerzo organizado para la ocasión. Hubo abundante comida y bebida. Cuando todos estuvieron saciados y satisfechos, alguien le pidió al mono, que era notoriamente alegre y vivaz, que animara la ceremonia con algún espectáculo divertido. El mono, sin que se lo pidieran, subió a la plataforma y, con agilidad y amabilidad, comenzó un número hilarante lleno de saltos acrobáticos, volteretas y bailes. Los espectadores, extasiados, aplaudieron como nunca, divertidos por la habilidad de este cómico inusual. El único que permaneció en silencio fue el camello, que, celoso del éxito del mono, decidió actuar él mismo en el escenario, llamando la atención. Este divertido animal inició un baile torpe y desgarrado. No era ni ágil ni divertido.

En medio del silbido general, se vio obligado a retirarse, escondiéndose en un rincón, donde recordó las buenas intenciones que se habían discutido durante la asamblea: ciertamente, para permanecer todos unidos y amigos, tuvo que empezar a tragarse un poco de su propia envidia.

La envidia es el peor de los defectos porque nos impide razonar y nos obliga a lanzarnos a tareas para las que no estamos a la altura.





Trabajando en el valor: la autoconfianza

Esta historia podría reescribirse para resaltar la confianza en uno mismo. Centrarse en cómo la tortuga, a pesar de ser menos rápida que la liebre, persevera en su carrera y gana al final gracias a su determinación y confianza en sí misma. Reescribir la historia para centrarse en la resiliencia y la confianza en uno mismo aporta un mensaje muy importante a los lectores.

Hoy en día, es un tema muy relevante, porque la duda sobre uno mismo suele impedir que las personas persigan sus objetivos. El miedo al fracaso o la comparación con los demás pueden crear vacilación e incertidumbre. Al reescribir la historia para centrarse más en la confianza en uno mismo, podemos demostrar que creer en uno mismo es crucial para el éxito. En un mundo que a menudo valora la velocidad, el éxito instantáneo y la mentalidad de “el ganador se lo lleva todo”, una historia como La liebre y la tortuga, reescrita con un enfoque en la resiliencia y la confianza en uno mismo, enseñaría a todo el mundo que, a veces, los rasgos más valiosos no son los que son inmediatamente visibles o fáciles de medir. La historia reescrita puede inspirar a los lectores a valorar la resiliencia y la confianza en sí mismos, incluso cuando el camino por delante parece desalentador.

“La liebre y la tortuga”

Érase una vez una liebre muy vanidosa que pasaba todo el día presumiendo de lo rápido que podía correr.

Cansada de escuchar siempre sus alardes, la tortuga la retó a una carrera.

— Qué graciosa eres, tortuga, debes estar bromeando —dijo la liebre, riéndose a carcajadas.

— Ya veremos, liebre, guarda tus palabras hasta después de la carrera —respondió la tortuga.

Al día siguiente, los animales del bosque se reunieron para ver la carrera. Todos querían ver si la tortuga realmente podría vencer a la liebre.

El oso comenzó la carrera gritando:

— ¡En sus marcas, listos, YA!

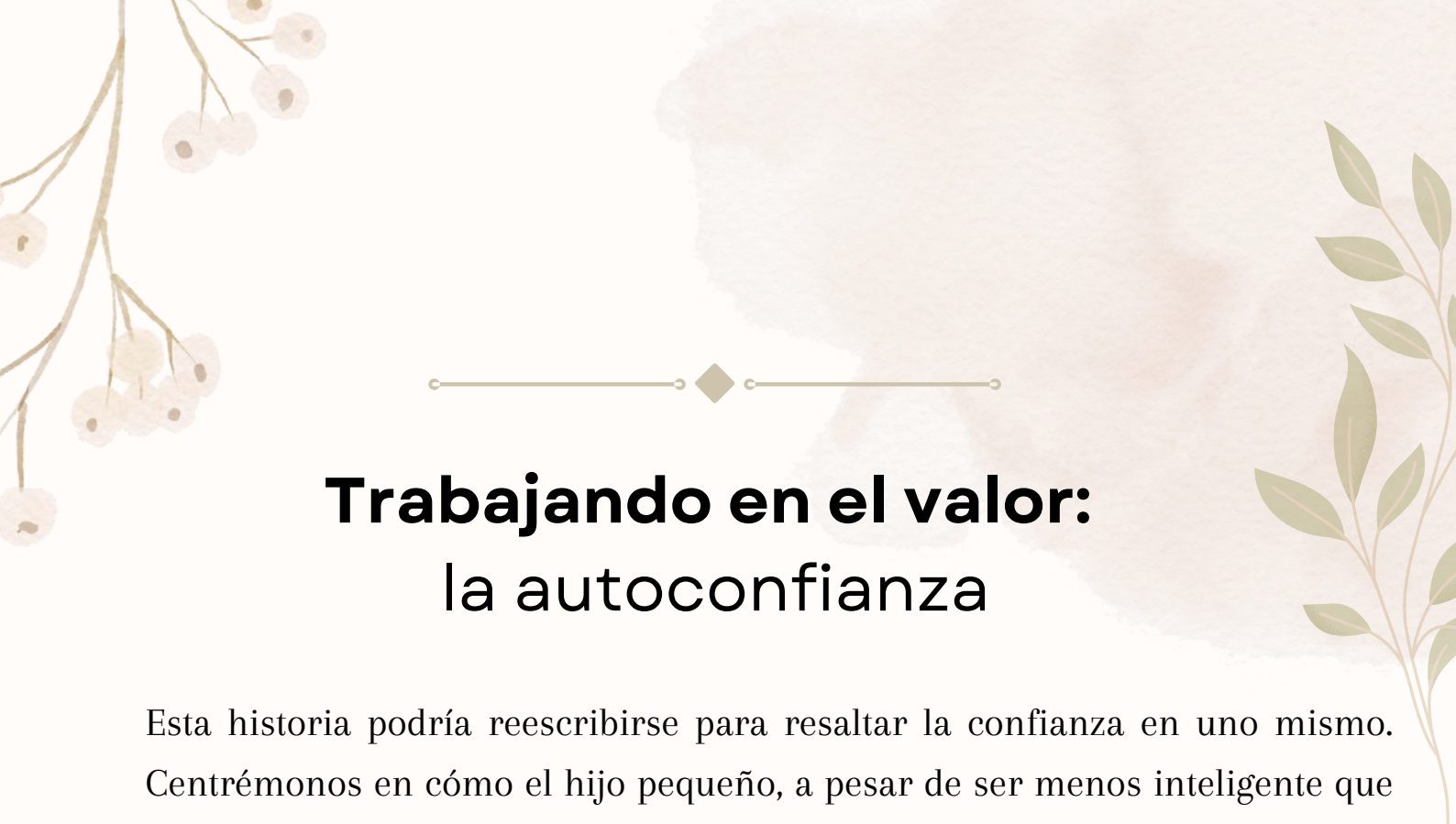
La liebre inmediatamente saltó adelante, corrió y corrió más rápido que nunca. Luego miró hacia atrás y vio que la tortuga apenas había dado unos pocos pasos desde la línea de salida.

— Tortuga lenta e ingenua —pensó la liebre—, ¿por qué querría correr si no tiene ninguna oportunidad de ganar?

Segura de que iba a ganar la carrera, la liebre decidió detenerse en medio del camino para descansar bajo un árbol. La fresca y agradable sombra del árbol era muy relajante, tanto que la liebre se quedó dormida.

Mientras tanto, la tortuga siguió caminando despacio pero con firmeza. Estaba decidida a no rendirse. Pronto, encontró a la liebre durmiendo plácidamente: ¡la tortuga estaba ganando la carrera!

Cuando la tortuga se acercaba a la línea de meta, todos los animales del bosque comenzaron a gritar emocionados. Los gritos despertaron a la liebre, quien no podía creer lo que veía: ¡la tortuga estaba cruzando la línea de meta y él había perdido la carrera!



Trabajando en el valor: la autoconfianza

Esta historia podría reescribirse para resaltar la confianza en uno mismo. Centrémonos en cómo el hijo pequeño, a pesar de ser menos inteligente que los otros dos hermanos, insiste y al final gana gracias a su determinación y su confianza en sí mismo. La confianza en uno mismo es un término que aparece con el fin de mejorar la salud mental del hijo menor, donde logra sus metas y más. La confianza en uno mismo es el coraje de conocerse a uno mismo, creer en uno mismo y actuar de acuerdo con sus creencias, un sentimiento positivo sobre uno mismo y el mundo que conduce a acciones valientes nacidas de un sentido de respeto por uno mismo. Actuar con confianza en uno mismo es la mejor manera de lograr objetivos y finalmente tener éxito en la meta que deseaba.

“El ganso de oro”

Érase una vez un hombre que tenía tres hijos. El más pequeño se llamaba Tonto y todos lo despreciaban y se burlaban de él.

Un día, el hijo mayor quiso ir al bosque a cortar leña. Antes de partir, su madre le dio un rico pastel y una botella de vino para que no tuviera hambre ni sed. Cuando llegó al bosque, se encontró con viejo hombrecillo canoso. El hombrecillo, después de desearle buenos días, le dijo: "Dame un trozo de tu pastel y déjame tomar un sorbo de tu vino, ¡que tengo mucha hambre y sed!". Pero el hijo listo le respondió: "Si te doy mi pastel y mi vino, entonces no me quedará nada. Así que vete y no me retrases". Así pues, dejó al hombrecillo y siguió su camino. Cuando encontró un árbol adecuado para leña, comenzó a cortarlo, no pudo continuar por mucho tiempo. Después de solo unos pocos golpes al árbol, su hacha falló y se golpeó la mano. Así que se vio obligado a regresar a casa para que le vendaran la herida. Pero en realidad su herida fue causada por el hombrecillo canoso.

Después de que el primer hijo regresase a casa sin leña y herido, el segundo hijo se dirigió al bosque. La madre también le dio un pastel y una botella de vino. Cuando llegó al bosque se encontró con el mismo hombrecillo canoso que le pidió un trozo de pastel y un sorbo de vino. Pero el segundo hijo también se negó, diciendo: "Si te doy de comer y beber, esto me faltará, así que vete y no me hagas perder el tiempo". Así pues, al igual que su hermano, dejó al hombrecillo y continuó hacia el bosque. El castigo tampoco se hizo esperar. Después de unos pocos golpes de hacha en un árbol, el hacha se soltó y lo golpeó en la pierna, por lo que fue a su casa.

Entonces el hijo menor, Tonto, le dice: "Padre, déjame ir a cortar leña".

"Tus hermanos se lastimaron cuando fueron", respondió el padre, " pero no importa, tú no sabes nada de estas cosas".

Pero Tonto insistió y le rogó a su padre hasta que éste le respondió: "Vete, te harás mucho daño, pero a lo sumo te volverás más inteligente".

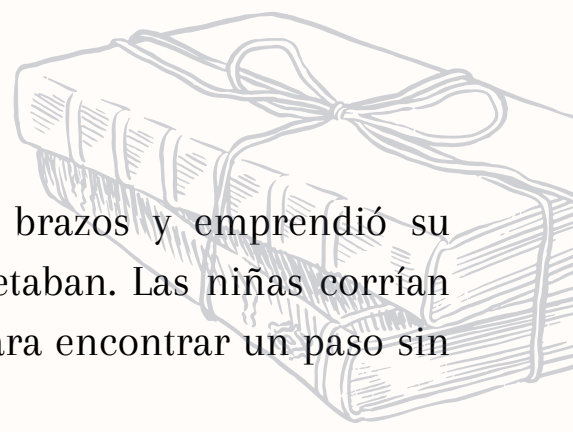
Su madre le dio un pastel que había hecho con cenizas y agua y una botella de cerveza que ya se había agriado.

Cuando llegó al bosque también se encontró con el hombrecillo canoso que lo saludó y le dijo: "Dame un trozo de tu pastel y un sorbo de tu botella, ¡tengo mucha hambre y sed!"

Tonto respondió entonces: "Todo lo que tengo es pastel de ceniza y cerveza agria, si estás satisfecho con eso, entonces sentémonos y comamos". El hombrecillo aceptó, pero cuando se sentaron y Tonto sacó el pastel de ceniza se había convertido en un gran pastel de huevo y la cerveza agria se había convertido en buen vino.

Así que se sentaron y después de comer y beber el hombrecillo dijo: "Porque tienes un buen corazón y compartes lo que te pertenece te daré suerte. Frente a nosotros hay un árbol viejo, córtalo y en sus raíces encontrarás algo". Con estas palabras el hombrecillo se despidió y se fue.

Cuando Tonto fue a talar el árbol, encontró en sus raíces un ganso que tenía alas de oro puro. Sacó el ganso, se lo llevó consigo y se fue a una posada para pasar la noche. El dueño de la posada tenía tres hijas que estaban muy intrigadas por esta extraña ave. Pero por curiosidad, las hijas quisieron robar una de las plumas doradas del ganso. La mayor pensó: "¡Alguna vez habrá una oportunidad de arrancarle un ala!" y cuando Tonto salió, agarró el ala al ganso, pero sus dedos se pegaron a ella. Al rato llegó la segunda y también quiso quitarle algo al ganso. Pero tan pronto como tocó a su hermana, se aferró a ella. Cuando también llegó la tercera hermana, las otras dos comenzaron a gritarle: "¡Sal de aquí, por el amor de Dios, sal!" Sin embargo, la tercera no entendía por qué debía irse y corrió hacia el ganso. Pero tan pronto como tocó a su hermana del medio, también se quedó pegada. Así que los tres pasaron la noche juntos con el ganso.



A la mañana siguiente, Tonto tomó su ganso en brazos y emprendió su camino, sin prestar atención a las niñas que lo sujetaban. Las niñas corrían tras él, a la izquierda y a la derecha, como podían para encontrar un paso sin caerse.

En el camino se encontraron con un sacerdote, que en cuanto vio su rumbo se enfureció: "¡No te da vergüenza correr detrás del joven, eso no está bien!". Terminando la frase agarró a la más pequeña de la mano para tirar de ella, pero en cuanto la tocó se le atascó y se vio obligado a correr tras ellas.

Al cabo de un rato se cruzaron con el comisario de la iglesia que vio al sacerdote correr detrás de las tres niñas. Se quedó asombrado ante el espectáculo y gritó: "¿Adónde vas tan deprisa? ¡No olvides que hoy tenemos un bautismo!" Corrió hacia él y lo tiró de la manga, pero él también se quedó pegado.

Entonces, mientras los cinco seguían al ganso dorada, se encontraron con dos granjeros que venían de sus campos con horcas sobre sus hombros. El sacerdote les gritó que lo soltaran a él y al comisario. Pero tan pronto como tocaron al comisario también se quedaron pegados y ahora eran siete los que corrían detrás de Tonto y el ganso.

Finalmente, todos llegaron juntos a una ciudad. En esta ciudad había un rey cuya hija era tan seria que nadie podía hacerla reír.

Entonces Tonto pidió a la princesa que fuera su esposa, pero al rey no le gustó nada como novio y puso muchas excusas. Finalmente, le pidió que le trajera un hombre que pudiera beberse una barrica de vino solo. Tonto pensó en el hombrecillo canoso y fue al bosque a pedirle ayuda. En el lugar donde había cortado el árbol vio a un hombre sentado que parecía triste. Tonto le preguntó qué le pasaba y por qué estaba triste. "Tengo mucha sed y no puedo saciarla, no soporto el agua fría. Por supuesto que bebería una barrica de vino, pero ¿qué puede hacer una gota sobre la piedra caliente?" -respondió el extraño-. Puedo ayudarte -le dijo Tonto. "Ven conmigo y te saciarás de vino". Lo llevó a la bodega del rey y el extraño se abalanzó sobre las grandes barricas. Bebió, bebió, bebió y antes de que transcurriera un día se había bebido toda la bodega.

Tonto volvió a pedir la princesa que se casara con él, pero al rey le disgustó mucho que un desgraciado, al que todos llamaban Tonto, se llevara a su hija. Así que puso nuevas condiciones: tendría que llevar a un hombre que pudiera comer una montaña de pan. Tonto no le dio mucha importancia y se fue inmediatamente al bosque. Allí, en el mismo lugar, encontró a un hombre sentado con un cinturón alrededor de la barriga y con el rostro triste. El hombre dijo: "Me he comido un horno entero de pan crujiente, pero ¿dónde puede conseguir alguien otro cuando tiene tanta hambre como yo? Mi estómago está vacío y tengo que vendarme el vientre para no morir de hambre." Tonto se alegró y le dijo: "Ven conmigo y saciarás tu hambre". Lo llevó a la corte del rey que había reunido toda la harina de su reino y había hecho hornear una enorme montaña de pan. El hombre del bosque se paró frente a la montaña y comenzó a comer y comer y comer... ¡Así que en un día la montaña de pan había desaparecido!

Tonto pidió a la novia por tercera vez, pero el rey nuevamente buscó una manera de evitar al novio. Esta vez pidió un barco que pudiera viajar por tierra y mar: "¡En cuanto navegues en él, tomarás inmediatamente a mi hija por esposa!" le dijo.

Tonto fue directamente al bosque y allí estaba el hombrecillo canoso. "Comí y bebí por ti", le dijo el hombrecillo, "ahora también te daré el barco. Estoy haciendo todo esto porque has sido bueno conmigo".

Entonces le dio el barco que podía viajar por tierra y mar. Cuando el rey vio que su condición se había cumplido, ya no pudo negarse a entregar a su hija. Así se celebró la boda y, tras la muerte del rey, Tonto heredó el reino y vivió feliz con su esposa durante muchos años.



Trabajando en el valor: la autoconfianza

Podemos destacar valores cruciales como la confianza en uno mismo. Es una historia infantil fácil de explorar, pero que puede dar lugar a emociones profundas e individuales. El motivo de dejar la casa, la forma diferente en que cada persona afronta este reto y las consecuencias de sus actos. Se puede explorar a uno de los personajes como el más resiliente y seguro de sí mismo y lo que los demás aprenden de ella.

En la reescritura se puede explorar el simbolismo de la casa, el esfuerzo, el compromiso y el éxito.

“Los tres cerditos”

Érase una vez tres cerditos que decidieron abandonar la casa de su madre y construir su propia casa. Cada cerdo tenía su propia idea de qué tipo de casa sería la mejor.

El primer cerdito, que tenía prisa, construyó su casa con paja. Era rápida y fácil, pero no muy resistente. El segundo cerdito, que quería un poco más de seguridad, construyó su casa con palos. Tardó un poco más, pero seguía sin ser muy sólida. El tercer cerdito, el más cuidadoso de los tres, decidió construir su casa con ladrillos. Fue un trabajo duro y le llevó mucho tiempo, pero sabía que sería fuerte.

Un día llegó un lobo feroz. Tenía hambre y vio en los cerdos una comida fácil. Primero fue a la casa de paja. “¡Cerdito, cerdito, déjame entrar!”, gruñó el lobo.

“Ni por los pelos de la barbilla!”- replicó el primer cerdo.

“¡Entonces soplaré y soplaré y tu casa derribaré!”- dijo el lobo. Y así fue. La casa de paja no fue rival para el soplado del lobo, y el primer cerdo corrió a la casa de madera de su hermano.

El lobo le siguió y llamó a la puerta de la casa de madera. “¡Cerditos, cerditos, dejadme entrar!”.

“¡Ni por los pelos de la barbilla!, contestaron los dos cerditos.

«¡Entonces soplaré y soplaré y tu casa derribaré!”. Y una vez más, el lobo derribó la casa, y los dos cerdos corrieron a la casa de ladrillo de su hermano.

El lobo se estaba frustrando. Llamó a la casa de ladrillo. “¡Cerditos, cerditos, dejadme entrar!”.

“¡Ni por los pelos de la barbilla!”, gritaron los tres cerdos.

El lobo sopló y resopló, pero por mucho que sopló, la casa de ladrillo se mantuvo firme. El lobo lo intentó una y otra vez, pero no pudo derribar la casa.

Al darse cuenta de que había sido derrotado, el lobo se escabulló y los tres cerditos vivieron felices para siempre en su segura casa de ladrillo.





Trabajando en el valor: la autoconfianza

Se trata de un cuento infantil que explora el yo individual con el yo colectivo y cómo tenemos que superarnos para ser felices. Como la resiliencia es la habilidad a explorar, puede ser interesante proponer pequeños retos, en parejas, basados en la idea de la reflexión: cómo me veo y cómo me ven los demás (o creo que me ven). La reescritura puede basarse en animales o personas, dejando varias posibilidades para la creatividad. No olvidemos que la competencia es la capacidad de superar los retos que nos plantea la vida.

“Las reflexiones de Enriqueta”

Érase una vez un viejo león que, tras una larga vida cazando, comiendo y durmiendo, acabó muriendo. Solo quedó su reflejo.

El reflejo se aburrió rápidamente.

No quería ser el reflejo de una flor...

...ni el reflejo de un pato.

Así que se marchó.

Después de caminar durante mucho tiempo, vio una casa.

Era la casa de Enriqueta.

Enriqueta se estaba preparando para ir a la escuela.

A Enriqueta no le gustaba la escuela.

El reflejo del león la observó y pensó: “¡Eso es exactamente lo que quiero!

Quiero ser el reflejo de esta niña.”

Esperó junto a un charco de agua.

En el momento justo, saltó dentro.

“¡Hoy me veo tan feroz!”. Enriqueta se maravilló.

Y se sintió fuerte.

Aquel día se divirtió mucho en la escuela.

No tenía miedo de participar en clase.

A la hora de comer, se moría de hambre. Después de comer, dio un gran bostezo y se echó una buena siesta.

Enriqueta pasó un día fantástico, y el reflejo también.

Cuando volvió a casa, el reflejo la siguió.

Enriqueta ya ni se acordaba de su antiguo reflejo.

A la mañana siguiente, Enriqueta y el reflejo del león estaban impacientes por ir a la escuela.

En el recreo, jugaban como fieras.

En la cafetería, devoraban el almuerzo, mostrando sus afilados dientes.

En clase, gruñían y rugían, pero sólo Enriqueta recibía la reprimenda.

De camino a casa, Enriqueta ya no tenía ganas de jugar.

“No te pareces nada a mí”, le dijo al reflejo. “Eres un león, y yo no soy un león”.

“¿Dónde está mi antiguo reflejo, el que se parece a mí?”.

Enriqueta buscó por todas partes.

Finalmente, miró debajo de la cama. “Si me estuviera escondiendo de un león”, pensó, “aquí es donde me escondería”.

Debajo de la cama, encontró una caja, y dentro de la caja, había un pequeño espejo. Y en el espejo...

“¡Ahí estoy!”, exclamó.

Ahora, Enriqueta tenía dos reflejos.

Aprendieron a vivir juntas.

Y de vez en cuando (o casi), Enriqueta se lo pasaba genial.





Trabajando en el valor: la autoconfianza

En esta historia, el pequeño aprendiz de brujo comienza con una gran autoconfianza en sí mismo, ya que pone en práctica los hechizos que ha aprendido en clase. Pero conforme avanza la historia el protagonista va perdiendo esa confianza, ya que nada sale como él esperaba. Si reescribiésemos esta historia, podríamos hacer énfasis en el valor de la autoconfianza: si el pequeño aprendiz de brujo confía más en sí mismo, es posible que llegue a la resolución del problema.

“El aprendiz de brujo

¡Bien! El hechicero, mi viejo maestro
¡me ha dejado aquí solo hoy!
Ahora sus espíritus, para variar,
¡mis propios deseos obedecerán!
Habiendo memorizado
lo que debo decir y hacer,
con mis poderes de voluntad puedo
hacer algo de brujería, también.

Ve, te digo,
Sigue tu camino,
no te detengas,
lleva agua,
que fluya abundantemente,
¡y prepárame un baño!

Vamos, vieja escoba, vístete,
¡estos trapos viejos te servirán!
En cualquier caso eres una esclava,
¡y hoy serás mía!
Que tengas dos piernas,
y una cabeza encima,
coge el cubo, rápido
¡deprisa, no pares!

Vete, te digo,
Sigue tu camino,
no te detengas,
lleva agua,
que fluya en abundancia,
¡y prepárame un baño!

¡Mira, cómo corre hacia la orilla!
y ahora que ha llegado al río,
vuelve tan rápido como un rayo,
una vez más agua para repartir.
¡Mira! La bañera ya
¡está casi llena!
Y ahora está llenando
¡cada tazón y taza!

¡Alto! ¡Quédate quieto!
¡Obedece mi voluntad!
Tengo suficiente
...de estas cosas.
He olvidado - ¡ay de mí!
cuál puede ser la palabra mágica.

¡Oh, la palabra que lo convierta
¡en lo que era antes!
¡Oh, corre y sigue!
¡Ojalá volviera a ser una escoba!
Sigue trayendo agua
tan rápido como puede
y cien ríos
vierte sobre mí

No, ya no
puedo dejarlo,
Debo atraparlo
¡con algún truco!
Empiezo a sentirme mal.
¡Qué mirada! - ¡Y qué cara!

¡Oh, niño feo de Hades!
¡La casa entera se ahogará!
Dondequiera que miro, veo
agua, agua, corriendo hacia abajo.
Maldita seas, vieja escoba,
¿por qué no obedeces?
Sé un palo una vez más,
por favor, te lo ruego, ¡quédate!

¿No se ve
¿no está a la vista?
Te agarraré,
te sujetaré fuerte,
con mi hacha partiré la quebradiza
y quebradiza madera por la mitad.

¡Aquí viene otra vez con agua!
Ahora me arrojaré sobre ti,
y el filo de mi hacha
probaré, oh espíritu, en ti.
¡Bien, un golpe perfecto!
¡Mira cómo está partido!
Ahora hay esperanza para mí,
¡y puedo respirar libre!

¡Ay de mí! Ambas piezas
cobran vida de nuevo,
ahora, para hacer mi voluntad
¡Tengo dos sirvientes!
¡Ayudadme, oh grandes poderes!
¡Por favor, os lo suplico!

¡Y están corriendo! Cada vez más mojados
¡por las escaleras, las habitaciones, el vestíbulo!
¡Qué diluvio! ¡Qué diluvio!
¡Señor y amo, escuchad mi llamada!
¡Ah, aquí viene el amo!
¡Te necesito!
de los espíritus que llamé
Señor, ¡líbrame!

«¡Atrás, escoba,
¡al armario!
Vuelve a ser
¡eras antes!
Hasta que yo, el verdadero maestro
te llame para servir una vez más.»





Licencia gratuita

El producto desarrollado aquí como parte del proyecto Erasmus+ «Stories for empowerment 2023-1-IT02-KA220-ADULT-000159380» ha sido desarrollado con el apoyo de la Comisión Europea y refleja exclusivamente la opinión del autor. La Comisión Europea no es responsable del contenido de los documentos.

La publicación obtiene la Licencia Creative Commons CC BY- NC SA.



Esta licencia permite distribuir, remezclar, mejorar y desarrollar la obra, pero sólo con fines no comerciales. Cuando utilice la obra así como extractos de la misma deberá

1. Debe mencionarse la fuente y un enlace a la licencia, así como los posibles cambios. Los derechos de autor permanecen con los autores de los documentos.
2. El trabajo no puede ser utilizado con fines comerciales.
3. Si recompones, conviertes o construyes sobre la obra, tus contribuciones deben publicarse bajo la misma licencia que el original.

Descargo de responsabilidad

Financiado por la Unión Europea. No obstante, los puntos de vista y opiniones expresados son exclusivamente los del autor o autores y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea ni los de la Agencia Ejecutiva en el Ámbito Educativo y Cultural Europeo (EACEA). Ni la Unión Europea ni la EACEA pueden ser consideradas responsables de las mismas.